



Seix Barral

Elizabeth Strout

Los hermanos Burgess





Seix Barral Biblioteca Formentor

Elizabeth Strout

Los hermanos Burgess

Traducción del inglés por
Rosa Pérez Pérez

Título original: *The Burgess Boys*

© Elizabeth Strout, 2013

Publicado de acuerdo con Random House, un sello de Penguin
Random House, LLC

© por la traducción: Rosa Pérez Pérez, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.es

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: enero de 2018

ISBN: 978-84-322-3328-9

Depósito legal: B. 26.289-2017

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción parcial o total de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Una ventosa tarde de octubre en el barrio de Park Slope de Brooklyn, Nueva York, Helen Farber Burgess estaba haciendo el equipaje para irse de vacaciones. Había una gran maleta azul abierta encima de la cama y la ropa que su marido había elegido la noche anterior estaba doblada en el sillón cercano. El sol bañaba la habitación cada vez que las nubes se movían y, cuando lo hacía, los pomos de latón de la cama relucían y el color azul de la maleta se intensificaba. Helen hacía viajes entre el vestidor, provisto de enormes espejos, paredes forradas de tela de crin blanca y una ventana con el marco de madera oscura, y el dormitorio, que tenía unas puertas que daban a una terraza elevada con vistas al jardín y que, en esa época del año, permanecían cerradas. Helen estaba experimentando la especie de parálisis mental que se apoderaba de ella cuando tenía que hacer el equipaje para un viaje, de modo que le alivió oír el súbito timbre del teléfono. Cuando leyó la palabra *privado*, supo que sólo podía ser una de las mujeres de los socios de su marido (eran un prestigioso bufete de abogados famosos) o su cuñado Bob, que tenía desde hacía años un nú-

mero que no figuraba en la guía (pero no era, ni nunca sería, famoso).

—Me alegro de que seas tú —dijo. Sacó un colorido pañuelo del cajón de la cómoda, lo sostuvo en alto, lo dejó en la cama.

—¿Ah, sí? —Bob parecía sorprendido.

—Temía que fuera Dorothy. —Helen se acercó a la ventana y contempló el jardín. El ciruelo estaba doblado por el viento y las hojas amarillas de la dulcamara se arremolinaban en el suelo.

—¿Por qué no querías que fuera Dorothy?

—Ahora mismo me aburre —respondió Helen.

—Estás a punto de pasar una semana con ellos.

—Diez días, lo sé.

Un breve silencio y, luego, Bob dijo:

—Sí. —Empleó un tono de voz más bajo que le transmitió una comprensión total e instantánea; era su fuerte, pensó Helen, su rara capacidad para ponerse en la piel de otra persona sin apenas esfuerzo. Eso tendría que haberlo convertido en un buen marido, pero, al parecer, no lo había sido: su mujer lo había dejado hacía años.

—Ya hemos viajado con ellos —le recordó Helen—. Irá bien. Alan es encantador. Aburrido.

—Y el gerente del bufete —le recordó Bob.

—Eso también —reconoció Helen, en tono guasón—. Cuesta un poco decir: «Oh, preferiríamos hacer este viaje solos». Jim me ha comentado que su hija mayor lo está suspendiendo todo. Estudia bachillerato, y el psicoterapeuta familiar les ha sugerido que hagan una escapada. No sé qué sentido tiene hacer una escapada si un hijo lo suspende todo, pero en fin.

—Ni yo —replicó Bob, con sinceridad. Y añadió—: Helen, acaba de pasar una cosa.

Ella lo escuchó mientras doblaba un pantalón de lino.

—Vente —le interrumpió—. Iremos a cenar enfrente de casa cuando Jim vuelva.

Después de eso, Helen fue capaz de hacer el equipaje sin vacilar. Decidió llevarse el colorido pañuelo, junto con tres blusas blancas de lino, unas manoletinias negras y el collar de coral que Jim le había comprado el año anterior. Cuando se tomara un whisky sour con Dorothy en la terraza mientras esperaban a que los hombres se ducharan después del golf, Helen comentaría: «Bob es un hombre interesante». Puede que incluso mencionara el accidente y le explicara que Bob, a los cuatro años, había juguetearado con la palanca de cambios del coche y había provocado el atropello que mató a su padre; el señor Burgess había bajado por el camino de la casa para reparar el buzón y había dejado a sus tres hijos pequeños en el coche. Una verdadera desgracia. Y un tema vedado. Jim sólo lo había abordado una vez en treinta años. Pero Bob padecía ansiedad y a Helen le gustaba estar pendiente de él.

«Eres una santa», puede que dijera Dorothy mientras se recostaba, con los ojos tapados por unas enormes gafas de sol.

Helen negaría con la cabeza.

«Sólo soy una persona que necesita que la necesiten. Y ahora que los hijos se han hecho mayores...» No, no mencionaría a sus hijos. No si la hija de los Anglin lo estaba suspendiendo todo y no volvía a casa en toda la noche. ¿Cómo iban a pasar diez días juntos sin hablar de sus hijos? Se lo preguntaría a Jim.

Helen fue abajo y entró en la cocina.

—Ana —dijo a la asistenta, que estaba limpiando unos boniatos con un cepillo para verduras—. Ana, esta noche cenaremos fuera. Puedes irte a casa.

El viento estaba disgregando las nubes otoñales, espléndidas en su jaspeada oscuridad, y anchas franjas de sol bañaban los edificios de la Séptima Avenida. Allí era donde estaban los restaurantes chinos, las papelerías, las joyerías, las tiendas de comestibles con frutas, verduras e hileras de flores cortadas. Bob Burgess pasó por delante de todos aquellos establecimientos camino de la casa de su hermano.

Bob era un hombre alto de cincuenta y un años cuya mayor virtud era la simpatía. Las personas que estaban con él se sentían aceptadas, parte de su círculo íntimo. Si Bob hubiera sabido eso de sí mismo, puede que su vida hubiera sido distinta. Pero no lo sabía y, a menudo, un miedo indefinido le oprimía el corazón. También era voluble. Sus amigos reconocían que podían pasárselo muy bien con él y que luego, cuando volvían a verlo, estaba ausente. Bob sí sabía eso, porque su exmujer se lo había dicho. Pam decía que se ausentaba con el pensamiento.

—A Jim también le pasa —había argüido Bob.

—Ahora no estamos hablando de Jim.

Mientras esperaba a que cambiara el semáforo, Bob se sintió, de pronto, inmensamente agradecido con su cuñada por haber dicho: «Iremos a cenar enfrente de casa cuando Jim vuelva». Era a su hermano a quien él quería ver. Lo que había presenciado hacía un rato desde la ventana de su cuarta planta, lo que había oído en el piso de abajo, le había alterado y, cuando cruzó la calle en ese momento, cuando pasó por delante de un café grande y oscuro en cuyos sofás había gente joven hipnotizada por la pantalla de sus ordenadores portátiles, se sintió lejos de todo lo que le rodeaba. Como si no llevara me-

dia vida viviendo en Nueva York y no la quisiera como se quiere a un ser humano, como si nunca hubiera dejado los vastos prados de hierba ni nunca hubiera conocido ni deseado nada aparte de los grises cielos de Nueva Inglaterra.

—Acaba de llamar tu hermana —dijo Helen cuando abrió la puerta enrejada bajo la escalera—. Quería hablar con Jim y parecía seria. —Se volvió después de colgar el abrigo de Bob en el armario y añadió—: Lo sé. Ella es así. Pero sigo diciendo que Susan me sonrió una vez. —Se sentó en el sofá y subió las piernas, que llevaba enfundadas en unas medias negras—. Estaba intentando imitar el acento de Maine.

Bob se sentó en la mecedora. Empezó a subir y bajar las rodillas a toda velocidad.

—Nadie debería intentar imitar el acento de Maine ante una persona de Maine —continuó Helen—. No sé la razón, pero está claro que en el sur se lo toman mucho mejor. Ahí, si saludas a alguien imitando su acento, no tienes la sensación de que se ríe de ti. Bobby, estás muy nervioso. —Helen se inclinó hacia delante y bajó varias veces las manos—. No te preocupes. Puedes estar nervioso mientras estés bien. ¿Estás bien?

Durante toda su vida, la bondad había debilitado a Bob y ahora notaba la sensación en el cuerpo, una suerte de inestabilidad palpitándole en el pecho.

—Pues no —reconoció—. Pero tienes razón con lo del acento. Cuando la gente nos imita, es penoso. Lamentable.

—Lo sé —convino Helen—. Anda, dime qué ha pasado.

—Adriana y el Niño Pijo han vuelto a pelearse —explicó Bob.

—Espera —dijo Helen—. Ah, claro. La pareja que vive debajo de ti. Los que tienen ese perrillo que siempre ladra.

—Exacto.

—Sigue —dijo Helen, contenta de acordarse—. Un segundo, Bob. Tengo que explicarte lo que vi anoche en las noticias. Un minirreportaje titulado: «A los hombres de verdad les gustan los perros pequeños». Entrevistaban a varios hombres con pinta de maricas, con perdón, que llevaban en brazos unos perros diminutos vestidos con gabardinas plisadas y botas de goma y pensé: «¿Esto es una noticia? ¿Estamos en guerra con Iraq desde hace casi tres años y a esto lo llaman noticia?». Es porque no tiene hijos. La gente que viste así a sus perros. Bob, lo siento muchísimo. Sigue contando.

Helen tomó un cojín y lo acarició. Tenía las mejillas arreboladas y Bob creyó que le había dado un sofoco, de modo que se miró las manos para dejarle intimidad, sin darse cuenta de que Helen se había ruborizado por haber hablado de personas que, como Bob, no tenían hijos.

—Se pelean —continuó él—. Y cuando se pelean, el Niño Pijo, el marido, porque están casados, siempre grita lo mismo: «Coño, Adriana, me estás volviendo loco». Sin parar.

Helen negó con la cabeza.

—Imagínate vivir así. ¿Te apetece una copa? —Se levantó y fue al armario de caoba, donde vertió whisky en un vaso largo de cristal; era menuda y aún tenía una bonita figura, vestida con aquella falda negra y aquel jersey beige.

Bob se bebió la mitad del whisky de un solo trago.

—Pues oye —continuó, y vio que Helen crispaba un poco la cara. Ella no soportaba aquella expresión tan frecuente en Maine, aunque él siempre lo olvidaba, como aca-

baba de ocurrir, agobiado por su sensación de que no iba a saber hacerlo. No iba a ser capaz de transmitir la tristeza de lo que había presenciado—. Ella ha llegado a casa —explicó—. Se han puesto a discutir y él le gritado lo mismo de siempre. Luego, ha sacado al perro. Y, mientras estaba en la calle, ella ha llamado a la policía. No lo había hecho nunca. Cuando él ha vuelto, lo han detenido. He oído que los policías le decían que su mujer decía que le había pegado. Y que le había tirado la ropa por la ventana. Y lo han detenido. Y él estaba estupefacto.

Helen había puesto cara de no saber qué decir.

—Es un hombre guapo, con un jersey de cremallera que le queda increíble, y se ha puesto a gritar: «Cariño, yo no te pego nunca. Cariño, llevamos siete años casados. ¿Qué estás haciendo? Cariño, ¡por favooooor!». Pero lo han esposado, lo han llevado al coche patrulla a plena luz del día y esta noche la pasará en el calabozo. —Bob se levantó de la mecedora despacio, se dirigió al armario de caoba y se sirvió más whisky.

—Es lamentable —dijo Helen, que estaba defraudada. Esperaba algo más dramático—. Pero él podría haberlo pensado antes de pegarle.

—No creo que le pegara. —Bob volvió a sentarse en la mecedora.

—¿Seguirán juntos? —preguntó Helen con aire distraído.

—No lo creo. —Bob se notó cansado.

—¿Qué te ha afectado más, Bobby? —preguntó Helen—. ¿Que el matrimonio fracase o la detención? —Se lo tomó como algo personal, por la expresión de su cara.

Bob se meció varias veces.

—Todo. —Chasqueó los dedos—. Ha pasado sin más. O sea, era un día normal, como cualquier otro, Helen.

Helen dejó el cojín en el respaldo del sofá y lo ahuecó.

—No sé qué tiene de normal el día que detienen a tu marido. Al volver la cabeza y mirar por las ventanas enrejadas, Bob atisbó a su hermano mayor acercándose por la acera; ver su paso rápido, su abrigo largo, su grueso maletín de piel le creó una cierta ansiedad. Oyeron girar la llave en la cerradura.

—Hola, cariño —dijo Helen—. Ha venido tu hermano.

—Ya veo. —Jim se quitó el abrigo y lo colgó en el armario del recibidor.

Bob jamás había aprendido a colgar el abrigo. «¿Qué es lo que te pasa? —solía preguntarle su mujer, Pam—. ¿Qué es, qué es, qué es?» ¿Y qué era? Bob no lo sabía. Pero, siempre que entraba en una casa, a menos que alguien le cogiera el abrigo, el acto de colgarlo le parecía innecesario y, bueno, demasiado complicado.

—Ya me voy —dijo Bob—. Tengo que acabar un escrito de fundamentación. —Bob trabajaba en el departamento de apelaciones del servicio de orientación jurídica, leyendo transcripciones de casos llevados a juicio. Siempre había una apelación que requería un escrito de fundamentación, a la espera de ser redactado.

—No seas bobo —observó Helen—. Te he dicho que iríamos a cenar enfrente de casa.

—Fuera de mi mecedora, tontaina. —Jim movió una mano en dirección a su hermano—. Me alegro de verte. Han pasado ¿qué?, ¿cuatro días?

—Para, Jim. Tu hermano ha visto cómo se llevaban a su vecino esposado esta tarde.

—¿Problemas en el colegio mayor?

—Jim, para.

—Él es así —arguyó Bob. Se cambió al sofá y Jim se sentó en la mecedora.

—Cuéntame. —Jim se cruzó de brazos. Era un hombre corpulento y musculoso y, cuando se cruzaba de brazos, una postura que adoptaba a menudo, parecía cuadrado, agresivo. Escuchó sin moverse. Después se agachó para desatarse los zapatos—. ¿Le ha tirado la ropa por la ventana? —preguntó.

—Yo no he visto nada —respondió Bob.

—Familias —dijo Jim—. El derecho penal perdería la mitad del negocio sin ellas. ¿Te das cuenta, Helen, de que podrías llamar a la policía ahora mismo y acusarme de malos tratos y yo tendría que pasar la noche en el calabozo?

—No voy a denunciarte a la policía. —Helen expresó aquello en tono informal. Se levantó y se arregló la cinturilla de la falda—. Pero si quieres cambiarte de ropa, ve. Tengo hambre.

Bob se inclinó hacia delante.

—Jimmy, me ha afectado. Ver cómo lo detenían. No sé por qué. Pero lo ha hecho.

—Madura —dijo Jim—. Por Dios, ¿qué quieres que haga yo? —Se quitó un zapato y se frotó el pie. Añadió—: Si quieres, llamaré esta noche y me aseguraré de que lo traten bien. Un pijo blanco en el calabozo.

En la habitación contigua, el teléfono sonó justo cuando Bob preguntaba:

—¿Lo harías, Jim?

—Será tu hermana —dijo Helen—. Ha llamado antes.

—Dile que no estoy en casa, Hellie. —Jim tiró el calcetín al suelo de parquet—. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Susan? —preguntó a Bob.

—Hace meses —respondió él—. Te lo conté. Discutimos por los somalíes.

—Por cierto, ¿por qué hay somalíes en Maine? —preguntó Helen mientras se dirigía a la habitación contigua.

Volvió la cabeza y añadió—: ¿Quién va a ir a Shirley Falls si no lo llevan encadenado?

Bob siempre se sorprendía cuando Helen hablaba así, como si no le hiciera ninguna falta disimular su aversión por el lugar de procedencia de los hermanos. Pero Jim le gritó:

—Van encadenados. La pobreza es una cadena.

—Susan me dijo que los somalíes estaban invadiendo el pueblo —continuó Bob—. Que llegaban a montones. Me dijo que, tres años antes, sólo había unas cuantas familias y que ahora hay dos mil, que cada vez que se da la vuelta bajan cuarenta más de un autobús de línea. Yo le dije que su reacción era un poco histérica y ella replicó que a las mujeres siempre las acusan de ser unas histéricas y que, en lo referente a los somalíes, yo no sabía de qué hablaba porque hacía siglos que no iba al pueblo.

—Jim. —Helen regresó al salón—. Susan necesita hablar contigo. Está muy alterada. No he sido capaz de mentirle. Le he dicho que acababas de llegar a casa. Lo siento, cariño.

Jim le tocó el hombro al pasar.

—No te preocupes.

Helen se agachó para recoger los calcetines de Jim, y Bob pensó que, si él hubiera colgado el abrigo como hacía su hermano, Pam quizá no se hubiera enfadado tanto por sus calcetines. Después de un largo silencio, oyeron que Jim hacía preguntas en voz baja. No distinguieron las palabras. Hubo otro silencio, más preguntas y comentarios susurrados. Ellos continuaron sin oír las palabras.

Helen se toqueteó el pendiente y suspiró.

—Tómame otro whisky. Parece que esto va para largo.

Pero no se pudieron relajar. Bob se recostó en el sofá y se volvió hacia la ventana para observar a la gente que

regresaba de trabajar. Él vivía a sólo seis manzanas de allí, al otro lado de la Séptima Avenida, pero nadie haría chistes sobre colegios mayores en la manzana de Jim y Helen. En su manzana, la gente era adulta. En su manzana, había banqueros, médicos y periodistas, y todos llevaban maletines y una increíble gama de bolsos y carteras negras, sobre todo las mujeres. En su manzana, las aceras estaban limpias y los arbustos sólo crecían en los jardincitos delanteros.

Helen y Bob volvieron la cabeza cuando Jim colgó.

Él se quedó en el hueco de la puerta, con la corbata roja aflojada.

—No podemos irnos de viaje —dijo. Helen se inclinó hacia delante. Jim se quitó la corbata dándole un fuerte tirón y se dirigió a Bob—: Van a detener a nuestro sobrino. —Jim estaba lívido, con los ojos entrecerrados. Se sentó en el sofá y se llevó las manos a la cabeza—. Oh, no. Esto podría salir en todos los periódicos. El sobrino de Jim Burgess ha sido acusado...

—¿Ha matado a alguien? —preguntó Bob. Jim lo miró.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó, justo cuando Helen dijo, con cautela:

—¿A una prostituta?

Jim negó bruscamente con la cabeza, como si tuviera agua en un oído. Miró a Bob y dijo:

—No, no ha matado a nadie. —Se volvió hacia Helen y añadió—: No, la persona a la que no ha matado no era una prostituta. —Después, miró el techo, cerró los ojos y explicó—: Nuestro sobrino Zachary Olson ha chutado una cabeza congelada de cerdo dentro de una mezquita. Durante los rezos. ¡Durante el Ramadán! Susan dice que Zach ni siquiera sabe qué es el Ramadán y yo la creo: ella no lo sabía hasta que ha leído la noticia en el periódico. La ca-

beza de cerdo estaba sanguinolenta, había empezado a descongelarse. Les ha manchado la alfombra, y ellos no tienen dinero para comprar otra. Tienen que limpiarla siete veces, como dicta la ley sagrada. Eso es lo que ha pasado.

Helen miró a Bob. Puso cara de desconcierto.

—¿Por qué razón iba a salir en todos los periódicos, Jim? —preguntó por fin, en voz baja.

—¿No lo pillas? —preguntó Jim, igual de bajo, y la miró—. Es un delito xenófobo, Helen. Es como si tú fueras al barrio de Brighton Beach, buscaras un templo judío ortodoxo y obligaras a todas las personas que hubiera dentro a comer helado y beicon antes de dejarlas salir.

—Vale —dijo Helen—. No lo sabía. No sabía eso de los musulmanes.

—¿Lo van a juzgar como un delito xenófobo? —preguntó Bob.

—Parece que van a por todas. El FBI ya lo está investigando. La Fiscalía del Distrito podría plantearlo como una violación de los derechos civiles. Susan dice que ha salido en las noticias nacionales, pero ahora mismo está tan desquiciada que cuesta saber si es verdad. Por lo visto, un reportero de la CNN estaba en Shirley Falls por casualidad, oyó la noticia en la radio, le encantó y decidió informar a todo el país. ¿Qué persona está por casualidad en Shirley Falls? —Jim cogió el mando a distancia, apuntó al televisor con él y lo dejó a su lado en el sofá—. Esto ahora no me conviene. No me conviene nada. —Se pasó las manos por la cara, el pelo.

—¿Lo tienen en el calabozo? —preguntó Bob.

—No lo han detenido. No saben que fue Zach. Están buscando a algún delincuente juvenil y resulta que sólo ha sido el memo de diecinueve años de Zach. Zach, hijo de Susan.

—¿Cuándo pasó? —preguntó Bob.

—Anteanoche. Según Zach, es decir, según Susan, lo hizo sólo para gastar una broma.

—¿Una broma?

—Una broma. No, perdón, una *broma tonta*. Sólo te informo, Bob. Echó a correr y nadie lo vio. Según parece. Y hoy lo ha oído en las noticias, se ha asustado y se lo ha contado a Susan cuando ha vuelto de trabajar. Ella se ha puesto como loca, claro. Le he dicho que Zach tiene que entregarse de inmediato, que no tiene que prestar declaración, pero está demasiado asustada. Le da miedo que lo encierren y tenga que pasar la noche en el calabozo. Dice que no hará nada hasta que vaya. —Jim se recostó en el sofá y volvió a erguirse de inmediato—. Cielos. ¡Mierda! —Se levantó con rapidez y empezó a pasearse por delante de las ventanas enrejadas—. El jefe de policía es Gerry O'Hare. No sé nada de él. Susan dice que salieron juntos en el instituto.

—Él la dejó después de dos citas —dijo Bob.

—Bien. Quizá tenga un trato favorable con ella. Susan me ha dicho que a lo mejor le llama por la mañana para decirle que Zach se entregará en cuanto yo llegue. —Jim alargó la mano para dar un puñetazo en el brazo del sofá cuando pasó por delante. Volvió a sentarse en la mecedora.

—¿Le ha conseguido un abogado? —preguntó Bob.

—Tengo que buscarlo yo.

—¿No conoces a alguien de la Fiscalía del Distrito? —preguntó Helen. Se quitó un hilo de las medias negras—. Me imagino que el personal de ahí no debe de cambiar muy a menudo.

—Conozco al mismísimo fiscal general —respondió Jim, en voz muy alta. Se meció, bien agarrado a los brazos de la mecedora—. Los dos trabajamos como fiscales hace

años. Lo conociste unas Navidades, Helen. Dick Hartley. Te pareció un negado y acertaste. Y no, no puedo llamarle, Jesús. Ha metido las narices en el caso. Hay un conflicto tremendo. Y, como estrategia, sería un suicido. Jim Burgess no puede entrar al trapo, santo Dios. —Helen y Bob se miraron. Un momento después, Jim dejó de moverse y miró a Bob—. ¿Que si ha matado a una prostituta? ¿A qué venía eso?

Bob alzó la mano en señal de disculpa.

—Zach es un poco enigmático, sólo me refería a eso. Es callado.

—Lo único que es Zach es gilipollas. —Jim miró a Helen—. Cariño, lo siento.

—He sido yo la que ha dicho prostituta —le recordó Helen—, así que no te enfades con Bob, porque tiene razón, ¿sabes? Zach siempre ha sido distinto y, francamente, es el tipo de cosa que pasa en Maine: un chico callado que vive con su madre, mata prostitutas y las entierra en un campo de patatas. Y como Zach no ha hecho eso, no sé por qué tenemos que renunciar a nuestras vacaciones, de veras. —Helen cruzó las piernas y entrelazó las manos en las rodillas—. Ni tan siquiera sé por qué tiene que entregarse. Consíguele un abogado de Maine y que lo resuelva él.

—Hellie, estás disgustada y lo entiendo —dijo Jim, con paciencia—. Pero Susan está muy confundida. Y voy a conseguirle un abogado de Maine. Pero Zach tiene que entregarse porque... —Jim se quedó callado y miró alrededor—. Porque ha sido él. Ésa es la razón primordial. La otra razón primordial es que si se entrega y dice: «He sido un tonto», es probable que sean menos duros con él. Pero los Burgess no somos fugitivos. Nosotros no somos así. No nos escondemos.

—Vale —dijo Helen—. Bien.

—No me he cansado de repetírselo a Susan: le acusarán, fijarán la fianza y podrá llevárselo a casa. Es un delito menor. Pero Zach tiene que entregarse. La policía está bajo presión por culpa de la publicidad. —Jim abrió las manos como si sostuviera una pelota de baloncesto delante de él—. Lo inmediato es contener la situación.

—Iré yo —dijo Bob.

—¿Tú? —preguntó Jim—. ¿Don Pánico a Volar?

—Me llevaré tu coche. Saldré mañana temprano. Vosotros id a ese sitio, ¿adónde vais?

—A San Cristóbal —respondió Helen—. Jim, ¿por qué no dejas que vaya Bob?

—Porque... —Jim cerró los ojos y bajó la cabeza.

—¿Porque no soy capaz de hacerlo? —preguntó Bob—. Es cierto que Susan se lleva mejor contigo, pero, vamos, Jimmy, iré yo. Quiero ir. —De pronto, Bob se sintió ebrio, como si el whisky que se había tomado antes acabara de hacerle efecto.

Jim siguió con los ojos cerrados.

—Jim —dijo Helen—. Necesitas estas vacaciones. Estás muy estresado. —La urgencia de su voz volvió a despertar en Bob una soledad que le encogió el corazón; el feudo de Helen con Jim era sólido y no debía ser atacado por las necesidades de una cuñada a la que Helen, después de tantos años, apenas conocía.

—Vale —dijo Jim. Alzó la cabeza y miró a Bob—. Ve tú. Vale, de acuerdo.

—Somos un verdadero desastre de familia, ¿verdad, Jimmy? —Bob, sentado al lado de su hermano, le pasó un brazo por los hombros.

—Basta —dijo Jim—. Haz el favor. Santo Cielo.

Bob regresó a pie por las calles sumidas en la oscuridad. Cuando estuvo cerca de su piso, vio que la televisión estaba encendida en el piso de abajo. Vislumbró la silueta de Adriana sentada sola delante del televisor. ¿No tenía a nadie que pudiera pasar la noche con ella? Pensó en llamar a su puerta y preguntarle si estaba bien. Pero se imaginó a sí mismo, el hombretón de pelo cano que vivía en el piso de arriba, de pie en el umbral, y pensó que ella no querría eso. Subió a su piso por la escalera, tiró el abrigo al suelo y descolgó el teléfono.

—Susie —dijo—. Soy yo.

Eran gemelos.

Jim tuvo su propio nombre desde el principio, pero Susie y Bob eran «los gemelos». «Ve a buscar a los gemelos.» «Di a los gemelos que vengan a comer.» «Los gemelos tienen la varicela, los gemelos no pueden dormir.» «Pero los gemelos tienen un vínculo especial. Están —dedos cruzados— así.»

—Lo mataré —dijo Susan por teléfono—. Lo colgaré por los pies.

—Susan, cálmate. Es tu hijo. —Bob había encendido la lámpara del escritorio y estaba junto a la ventana, mirando la calle.

—Hablo del rabino. Y de esa ministra unitaria tan rara. Se les ha ocurrido hacer una declaración. Esto no ha perjudicado únicamente al pueblo, sino a todo el estado. No, perdona. A todo el país.

Bob se frotó la nuca.

—Oye, Susan. ¿Por qué lo ha hecho?

—¿Que por qué lo ha hecho? ¿Cuándo fue la última vez que educaste a un hijo, Bob? Ya sé que tendría que ser

cuidadosa con este tema, que no debería mencionar nunca tu baja concentración de espermatozoides, o tu nula concentración, o lo que sea, y jamás lo he hecho. Nunca he dicho una palabra sobre la posibilidad de que Pam te dejara para poder tener hijos con otro. No me puedo creer que me estés haciendo decir estas cosas, cuando la que está en apuros soy yo.

Bob se apartó de la ventana.

—Susan, ¿tienes alguna pastilla para tomarte?

—¿De cianuro, por ejemplo?

—Diazepam. —Bob se sintió invadido por una tristeza inexplicable y echó a andar hacia el dormitorio con el teléfono al oído.

—Nunca tomo diazepam.

—Siempre hay una primera vez. Tu médico puede llamar a la farmacia para que te lo vendan. Así dormirás esta noche.

Susan no respondió y Bob supo que su tristeza se debía a que echaba de menos a Jim. Porque la verdad era (y Jim lo sabía) que Bob no sabía qué hacer.

—Tu hijo no corre peligro —dijo—. Nadie va a hacerle daño. Ni a ti tampoco.

Bob se sentó en la cama y volvió a ponerse en pie. No tenía la menor idea de qué hacer. No iba a dormir esa noche; ni tan siquiera un diazepam, y tomaba muchos, conseguiría hacerlo dormir, lo sabía. No con su sobrino en apuros, y aquella pobre chica viendo la televisión en el piso de abajo, e incluso el Niño Pijo en el calabozo. Y Jimmy camino de no sabía qué isla. Regresó al salón y apagó la lámpara del escritorio.

—Deja que te haga una pregunta —dijo su hermana.

En la oscuridad, un autobús paró al otro lado de la calle. Dentro, una señora mayor de piel negra miraba por

la ventanilla con expresión inexorable; en la parte de atrás, un hombre movía la cabeza, quizá mientras escuchaba música por unos auriculares. Parecían sumamente inocentes y lejanos...

—¿Te crees que esto es una película? —le preguntó su hermana—. ¿Que éste es un pueblo perdido y los granjeros van a plantarse delante del juzgado para pedir su cabeza en un palo?

—Pero ¿qué dices?

—Gracias a Dios que mamá ya no está. Volvería a morir. Seguro. —Susan se había puesto a llorar.

—Esto pasará —dijo Bob.

—Por el amor de Dios, ¿cómo puedes decir eso? Está en todas las cadenas de noticias...

—No las veas —sugirió Bob.

—¿Crees que estoy loca? —preguntó ella.

—Un poco. Ahora mismo.

—Eso me viene muy bien. Gracias. ¿Te ha contado Jim que un niño se desmayó en la mezquita del susto que se dio con la cabeza de cerdo? Había empezado a descongelarse y estaba sanguinolenta. Sé lo que estás pensando. ¿Quién guarda una cabeza de cerdo en el congelador de su madre sin que ella se entere y luego hace algo así? No puedes negar que lo estás pensando, Bob. Y eso me vuelve loca. Como tú acabas de llamarme.

—Susan, tienes que...

—Los padres esperan determinadas cosas, ¿sabes? Bueno, tú no lo sabes. Accidentes de tráfico. Novias que no convienen. Malas notas, ese tipo de cosas. Pero ninguno espera tener nada que ver con una dichosa mezquita, ¡por el amor de Dios!

—Voy mañana, Susan. —Bob ya se lo había dicho la primera vez que la había llamado—. Iré con vosotros a

la comisaría. Te ayudaré a contener la situación. No te preocupes.

—Oh, no me preocuparé —dijo ella—. Buenas noches.

¡Cómo se odiaban! Bob abrió la ventana, sacó un cigarrillo del paquete, se sirvió vino en un vaso de zumo y se sentó en la silla metálica plegable próxima a la ventana. En el edificio de enfrente, varios pisos tenían las luces encendidas. Había una función privada ahí arriba: la chica que podía verse paseándose por la habitación únicamente en bragas. Bob nunca le veía los pechos, sólo la espalda, por cómo estaba orientada la habitación; pero le entusiasmaba ver lo libre que parecía. Era como contemplar un campo de acianos en junio.

Dos ventanas más arriba vivía el matrimonio que pasaba mucho tiempo en su blanca cocina. En ese momento, el marido estaba sacando algo de un armario: parecía que el cocinero era él. A Bob no le gustaba cocinar. Le gustaba comer, pero, como Pam había señalado, le gustaban las cosas que comían los niños: platos sin color, como el puré de patatas o los macarrones con queso. A la gente de Nueva York le gustaba la comida. La comida era importante. La comida era como el arte. Ser cocinero en Nueva York era como ser una estrella de rock.

Bob se sirvió más vino y volvió a acomodarse junto a la ventana. «Bah», como decía últimamente la gente.

«Sé cocinero, sé pordiosero, divórciate tropecientas veces», a nadie le importaba en aquella ciudad. «Mátate fumando en la ventana. Asusta a tu mujer y ve a la cárcel.» Vivir allí era una maravilla. Susie nunca había tenido eso. Pobre Susie.

Bob se estaba emborrachando.

Oyó abrirse la puerta del piso de abajo, oyó pasos en la escalera. Miró por la ventana. Adriana estaba parada

junto a una farola, sujetando una correa, con los hombros encorvados, tiritando, y el perrito también tiritaba.

—Pobrecillos —dijo Bob en voz baja. Nadie, pensó, en su ebria extraversión, nadie, en ninguna parte, tenía ni idea.

A seis manzanas de allí, Helen estaba acostada al lado de su marido, escuchando sus ronquidos. Por la ventana, en el negro cielo nocturno, veía los aviones que se disponían a aterrizar en La Guardia, cada tres segundos si se contaban (como hacían sus hijos cuando eran pequeños), como estrellas fugaces que nunca cesaban de llegar. Esa noche parecía que el vacío llenara la casa, y Helen pensó en la época en la que sus hijos dormían en sus habitaciones y ella se sentía segura por las noches, como si flotara. Pensó en Zachary en su pueblo de Maine, pero llevaba años sin verlo y sólo pudo imaginarse a un niño pálido y flaco, un niño que parecía huérfano. Y no quería pensar en él, ni en una cabeza de cerdo congelada, ni en su hosca cuñada, porque era consciente de que el suceso era un elemento irritante que ya había empezado a friccionar contra el delicado tejido de su familia, y en ese momento sentía la incipiente ansiedad que precedía al insomnio.

Empujó a Jim por el hombro.

—Estás roncando —dijo.

—Perdona. —Jim era capaz de decir aquello sin despertarse. Se dio la vuelta.

Desvelada, Helen esperó que las plantas no se le murieran mientras estaba de viaje. A Ana no se le daba bien la jardinería. Era un don natural, y se tenía o no se tenía. En una ocasión, años antes de emplear a Ana, la familia Burgess se había marchado de vacaciones y las lesbia-

nas de la casa de al lado habían dejado morir las petunias azules que llenaban las jardineras de las ventanas de Helen. Ella había cuidado de aquellas plantas todos los días, había cortado las pegajosas flores muertas, las había regado y abonado; eran como bonitos géiseres que brotaban de las ventanas de la fachada y los transeúntes hacían comentarios sobre ellas al pasar. Helen explicó a sus vecinas cuánta atención exigía cualquier planta de flor en verano y ellas le dijeron que sí, que ya lo sabían. Pero, a su regreso, ¡las había encontrado marchitas! Se le habían saltado las lágrimas. Las vecinas se habían mudado poco después y Helen se alegró. Jamás fue capaz de ser verdaderamente amable con ellas después de que mataran sus petunias. Dos lesbianas, llamadas Linda y Laura. Linda, *la Gorda*, y Laura, *la de Linda*, así se referían a ellas en casa de los Burgess.

Los Burgess vivían en la última de una hilera de casas adosadas de piedra arenisca parda. A su izquierda había una alta casa de piedra caliza, la única de la manzana dividida en pisos. Las Linda-Laura habían vivido en la planta baja y, al marcharse, habían vendido el piso a una banquera, la Deborah que sí (abreviatura de «la Deborah que lo sabe todo», a diferencia de la otra Debra de la casa que no lo sabía todo), y su marido, William, que era tan tímido que se había presentado como «Billiam». Los hijos de los Burgess lo llamaban así de vez en cuando, pero Helen les pedía que fueran amables porque, hacía años, Billiam había combatido en la guerra de Vietnam. Además, su mujer, la Deborah que sí, era pesadísima, y Helen pensaba que vivir con ella debía de ser una tortura. Helen no podía salir al jardín trasero sin que la Deborah que sí también saliera al suyo y, al cabo de menos de dos minutos, empezara a decirle que los pensamientos que estaba arre-

glando no iban a durarle en esa parte del jardín, que las azucenas necesitarían más luz, que el lilo que había plantado se moriría (así fue) porque la tierra no tenía suficiente cal.

Por otra parte, la Debra que no era una mujer de carácter dulce, alta y nerviosa, psiquiatra y un poco excéntrica. Pero, por desgracia, su marido la engañaba. Fue Helen quien lo descubrió. Mientras estaba sola en casa, oyó, a través de las paredes, unos gemidos espantosos. Cuando miró por la ventana de la fachada, vio que el marido de Debra salía de la casa seguido de una mujer con el pelo rizado. Más adelante, los vio juntos en un bar de barrio. Y en una ocasión oyó a Debra preguntar a su marido: «¿Por qué te metes conmigo esta noche?». Así que la Debra que no lo sabe todo no lo sabía todo. En ese aspecto, a Helen no le gustaba vivir en Nueva York. Jim chillaba como un energúmeno durante la temporada de baloncesto. «¡Inútil de mierda!», gritaba al televisor, y a Helen le preocupaba que los vecinos creyeran que se lo decía a ella. Contempló la idea de comentárselo en tono jocoso, pero decidió que, en materia de veracidad, cuanto menos se dijera, mejor. Aunque tampoco habría dicho ninguna mentira.

Aun así.

Los pensamientos se le agolpaban en la mente. ¿Qué había olvidado meter en la maleta? No le gustaba imaginarse arreglándose una noche para cenar con los Anglin y descubriendo que no se había llevado los zapatos indicados: su conjunto arruinado sin más ni más. Mientras se arrebujaba en el edredón, Helen comprendió que la llamada telefónica de Susan seguía en la casa, oscura, informe y nociva. Se levantó.

Eso era lo que sucedía cuando no se podía dormir, y cuando se tenía en la mente la imagen de una cabeza

de cerdo congelada. Entró en el cuarto de baño para coger un somnífero y lo encontró limpio y acogedor. De nuevo en la cama, se arrimó a su marido y, unos minutos después, se sintió mecida por el sueño e inmensamente feliz de no ser la Deborah que sí ni la Debra que no, de ser Helen Farber Burgess, de tener hijos, de estar feliz con su vida.

¡Pero qué mañana tan agobiante!

Como todos los sábados, Park Slope era un hervidero de gente (niños que iban al parque con balones de fútbol en bolsas de malla acompañados de sus padres, que se fijaban en los semáforos y les metían prisa; parejas jóvenes que llegaban a los cafés con el pelo aún mojado después de hacer el amor y darse una ducha; personas que tenían invitados a cenar y ya estaban cerca de Grand Army Plaza, la otra entrada del parque, para curiosear en el mercado de productos agrarios en busca de las mejores manzanas, panes y flores, cargadas con cestas y girasoles envueltos en papel) y, entre tanta actividad, estaban las típicas tensiones que surgían en cualquier otra parte del país, incluso en aquel barrio donde casi todo el mundo daba la impresión de estar justo donde quería: había una madre que, pese a las súplicas de su hija para que le regalara una muñeca Barbie en su cumpleaños, le decía que no, que las niñas estaban flacas y vomitaban por culpa de las muñecas Barbie. En la calle Ocho, había un padrastro que estaba empeñado en enseñar a su desobediente hijo a montar en bicicleta y agarraba la bici por el portaequipajes mientras el niño, lívido de miedo, se bamboleaba y lo miraba ávido de elogios (su esposa estaba tratándose un cáncer de mama con quimioterapia; no ha-

bía escapatoria posible). En la calle Tres, un matrimonio discutía por su hijo adolescente, por si debían permitir que se quedara en su cuarto con el sol que hacía. Y además de aquellas contrariedades, los Burgess tenían sus propios problemas.

El coche que debía llevar a Helen y a Jim al aeropuerto no había aparecido. Sus maletas estaban en la acera y Helen recibió la orden de quedarse con ellas mientras Jim entraba y salía de casa con el servicio de coches al teléfono. La Deborah que sí salió a la calle y preguntó que dónde se iban con aquel sol tan precioso. Añadió que debía de ser maravilloso tener tantas vacaciones. Helen se vio obligada a decir: «Perdona, pero tengo que hacer una llamada», sacó el móvil del bolso y fingió que llamaba a su hijo, quien (en Arizona) aún estaría felizmente dormido. Pero la Deborah que sí esperaba a Billiam, y Helen tuvo que simular una conversación telefónica porque su vecina no dejaba de sonreírle. Billiam por fin apareció y los dos se alejaron por la acera cogidos de la mano, un gesto que a Helen le pareció exhibicionista.

Entretanto, Jim, mientras se paseaba por el recibidor, se fijó en que las dos llaves del coche aún estaban en el mueblecito junto a la puerta. ¡Bob no había cogido la llave la noche anterior! ¿Cómo iba a llevar el coche a Maine sin la maldita llave? Jim gritó la pregunta a Helen cuando salió a la calle, y ella le dijo, en voz baja, que, si volvía a gritarle así, se iría a vivir a Manhattan. Jim agitó la llave delante de su cara.

—¿Cómo se supone que va a ir? —susurró con vehemencia.

—Si tu hermano tuviera llaves de nuestra casa, esto no sería un problema.

Una limusina negra dobló la esquina despacio. Jim levantó el brazo y lo echó hacia atrás como si nadara de espaldas. Y, por fin, Helen subió al asiento trasero del coche negro, donde se arregló el pelo mientras Jim llamaba a Bob por el móvil.

—Coge el teléfono, Bob. —Al cabo de un momento, dijo—: ¿Qué te ha pasado? ¿Acabas de despertarte? Ya tendrías que haber salido. ¿Cómo que no has pegado ojo en toda la noche? —Jim se inclinó hacia delante y dijo al conductor—: Pare en la esquina de la calle Tres con la Novena Avenida. —Volvió a recostarse—. Pues adivina qué tengo en la mano. Prueba, tontaina. La llave del coche, exacto. Y oye... ¿Me oyes? Charlie Tibbetts. El abogado de Zach. Te verá el lunes por la mañana. Puedes quedarte hasta el lunes, no finjas que no. Al servicio de orientación jurídica le importa un rábano. Charlie pasa el fin de semana fuera, pero pensé en él anoche y hablamos. Debería ser la persona idónea. Es buen tío. Lo único que tienes que hacer este fin de semana es conseguir que esto no se desmadre, ¿lo entiendes? Anda, baja a la calle. Estamos yendo al aeropuerto.

Helen pulsó el botón que bajaba la ventanilla y sacó la cara para que le diera el aire.

Jim se recostó y le cogió la mano.

—Lo vamos a pasar estupendamente, cariño. Igual que los matrimonios pijos de los folletos. Será genial.

Bob estaba delante de su edificio, vestido con un pantalón de chándal, una camiseta y unos sucios calcetines de deporte.

—¡Hola, zángano! —gritó Jim. Le arrojó la llave por la ventanilla abierta y Bob la cogió con una mano.

—Divertíos. —Bob les dijo adiós una sola vez.

La facilidad con la que había cogido la llave al vuelo dejó a Helen impresionada.

—¡Buena suerte en Maine! —le gritó.

La limusina dobló la esquina, se perdió de vista, y Bob se volvió hacia su edificio. Cuando era pequeño, había corrido al bosque para no ver partir el coche que se había llevado a Jim a la universidad y ahora tenía el mismo impulso. Pero se quedó inmóvil, junto a unos cubos de basura metálicos, pisando cemento agrietado, cegado por los rayos del sol, manoseando las llaves.

Hacía años, cuando Bob llevaba poco tiempo viviendo en Nueva York, había visitado a una psicoterapeuta llamada Elaine. Era una mujer corpulenta y ágil, de la misma edad que Bob tenía ahora, lo cual, en esa época, naturalmente, eran muchos años para él. Envuelto por su benévola presencia, Bob había permanecido sentado en el sillón de piel mientras hurgaba en un agujero del brazo y lanzaba nerviosas miradas a la higuera del rincón (una planta que parecía falsa salvo por su patético modo de inclinarse hacia la débil luz plateada que entraba por la ventana y su capacidad para echar, a lo largo de seis años, una sola hoja nueva). Si Elaine hubiera estado en aquella acera en ese preciso momento, le habría dicho: «Bob, quédate en el presente». Porque Bob había sido vagamente consciente de qué le sucedía mientras veía cómo el coche de su hermano doblaba la esquina y «lo abandonaba», tenía una vaga noción, pero... (pobre Elaine, ya fallecida de una horrible enfermedad que no recordaba, y cuánto se había esforzado con él, qué bondadosa había sido) no le había servido de nada. El sol lo había hecho pedazos. Bob, que tenía cuatro años cuando su padre murió, sólo recordaba el sol en el capó del coche ese día, y que habían tapado a su padre con una manta; asimismo, siempre, el furioso susurro de Susan: «Es todo culpa tuya, imbecil».

Ahora, inmóvil en la acera del Brooklyn, Nueva York, Bob imaginó a su hermano arrojándole la llave del coche, la limusina perdiéndose de vista, pensó en la tarea que debía acometer y, en su fuero interno, gritó: «Jimmy, no te vayas».

Adriana salió a la calle.